

Yo, Julijana, admiro el país del Líbano — Beirut — y a todos los fieles que estuvieron allí presentes.

Era martes, 2 de diciembre, cuando vi la Santa Misa del Santo Padre León XIV. Era diferente a Roma, pero había tantas personas como en Roma durante la Santa Misa.

Cuando empezó la distribución de la Sagrada Comunión, rompí en lágrimas.

Lloré desde lo más profundo de mi corazón porque vi que más de trescientos mil peregrinos recibían la Sagrada Comunión en la boca.

Durante muchos años he rezado para que la Sagrada Comunión se dé solamente en la lengua — la verdadera y reverente manera de recibir al Señor. Y ahora, en el Líbano, ni una sola persona recibió en la mano, ni una sola.

El Santo Padre vio todo esto, y espero que muchas personas en Alemania también lo hayan visto.

Mientras lloraba de alegría, escuché al Salvador decirme:

«No solo tú lloras — Yo también lloro.»

Realmente lloré desde lo más profundo del corazón, porque una gran alegría llenó mi alma. Para mí fue una confirmación, pues el Salvador ha dicho muchas veces: «La comunión en la mano es una abominación ante Mis ojos.»

En Maria Linden, donde hemos asistido a la Santa Misa muchas veces, muchos reciben la Comunión en la lengua.

Pero en Forbach, donde iba a la iglesia con frecuencia, el sacerdote predicó públicamente:

«A mí tampoco me gusta la comunión en la lengua.»

Esas palabras me rompieron el corazón.

Una mujer me dijo una vez que recibir en la lengua le costaba mucho superar.

Tenía miedo de lo que otros pudieran decir.

Yo siempre le decía:

No debemos escuchar lo que dice la gente — debemos escuchar nuestro propio corazón.

Pero cuando las personas son tibias y siguen una falsa piedad, haciendo solo lo que hacen los demás, entonces reciben en la mano — y el Salvador no puede concederles la gracia y el amor que desea darles.

Doy gracias a Dios Todopoderoso, a la Santa Trinidad — Padre, Hijo y Espíritu Santo — porque Él me mostró todo esto y escuchó mi oración.